

Dos cuentos

■ ■ Jorge Ulises Eduardo López Villagómez*

Sueño sobre las vías

Noche de quejidos lastimeros. La oscuridad ocupa la habitación, empuja y tira mi sueño de la cama. Mis ojos irritados son dos llameantes y cansadas antorchas. De ellos, cuelgan dos persianas lóbregas y desgastadas. Pantalones, camisas y zapatos, pueblan el gélido suelo, arrastrando días de cansancio y tedio. Mi cuerpo gira de un lado al otro de la cama, sin poder aferrarme al manto de un sueño. Mi espíritu, que fatigado recorre las horas de la madrugada, se percata que la soledad le va contando sus pisadas. La oscuridad se va destiñendo. El cielo se aclara; mis ojos quieren estallar y mi cerebro me pesa. Mi cabeza es una cafetera. Silencio la alarma del celular antes de que abra la boca. La cama rechina, llorosa de no haber descansado. Voy al baño y me arreglo para ir al trabajo.

En la calle, el sol abofetea mi mirada, cegándome. Camino en dirección al metro y descendo al mundo subterráneo de la Ciudad de México, al inframundo. La hora es propicia para encontrar algún asiento para dormir un poco antes de bajar en la estación Barranca del Muerto. De manera ágil, consigo un asiento, pero las desveladas y el movimiento brusco, me han mareado un poco. La alarma suena y las puertas se cierran. El vagón avanza. Llegamos a la estación Tacuba. Poco de que el vagón renueva su movimiento, mis parpados caen bruscamente, como cortinas de un local de joyería en el centro histórico. Mi cabeza se mece como péndulo, movido por la trayectoria del metro. Poco a poco, después de una inmersión a la presión acuosa de un sueño, mi mirada se sumerge a las profundidades del apacible vacío de un mundo desierto. Todo deja de existir. Mi alma se arrastra en las ensoñaciones de mi cansada mente, como si la corriente la llevara.

Después de un trayecto placentero y misterioso, una mano me revuelve el cuerpo. Llegamos a Barranca del Muerto. Es momento de sentir los embates y el desespero del codicioso desvelo, que se llevó hasta mi última hora de receso nocturno. Solo me sostiene las migajas de un urbano sueño.

El día transcurre entre miradas petrificadas, mecanizados movimientos, fuga de pensamiento y desvaríos en el celular. Platicas de tallo muerto, miradas que caen al suelo y ruedan a lo largo de la oficina. Mirada que es pateada entre los compañeros que pasan sin guardar cuidado. El pasado, frenética borrasca, azota y despilfarra las memorias y recuerdos sobre mi alma. Recuerdos de un amigo muerto, de un amor olvidado, entre el llanto seco de un día ordinario y el rutinario acto de la pasión enflaquecida. Recuerdos que revuelven mis pensamientos, entre la concentración del trabajo arduo de una sombra de un árbol sin hojas, y las ensoñaciones del dolor que en mi frente ríe.

Termina el día, se repite el trayecto de regreso por el flujo del metro. Nuevamente mi cuerpo se deja caer sobre el asiento rígido del vagón. Un sueño ligero, como un papalote elevado por el empuje del viento, pero arrebatador como la ventisca que azota los rostros despiertos. Llegamos y nuevamente me incorporo con la sensación de abandono sobre mis ojos sedientos. De regreso al departamento, en mi cuarto, otra vez se reanuda la batalla por conciliar el sueño. Los días transcurren como autos deslizándose por la carretera. Las noches se alargan; mi cuerpo y alma devoran, como hormigas desmantelando una cucaracha muerta. Pero los trayectos en el metro, son un consuelo de descanso y ensueño.

Cada semana sin sueño, este me asalta en estaciones más cercanas a la que abordo. Ya solo hace falta sentir el desliz del vagón, la alarma de las puertas que se cierran, las voces desgastadas, la frustración reprimida, para que mi cuerpo suelte mi mente para dormir. Las mañanas y tardes, es una carrera para

*Guanajuato, Guanajuato, 1999. Estudió en la Escuela del Nivel Medio Superior de Guanajuato. Posteriormente ingresó a la licenciatura de Derecho en la FES Acatlán, UNAM, en donde ha tomado talleres de escritura creativa.

llegar al metro y dormir, poder descansar de la existencia que me tritura, la única manera de dormir.

Me levanto esta mañana con el peso de los cadáveres de los días muertos desde que sufro de insomnio. Camino rumbo al metro, voy arrastrando mis pasos. Desciendo por las escaleras eléctricas y mi boca se abre, como queriendo atragantarme con el mundo. Los bostezos se van intensificando, es la alergia al mundo en movimiento. Flaquean mis piernas al llegar. Mi cuerpo se balancea; termina por inclinarse al frente, como pieza de dominó. Oigo a lo lejos al metro pitar, las voces de otros usuarios desgastados gritar. Un fuerte golpe. Mi cuerpo acostado sobre las vías. Todo es oscuridad. Todo vuelve a ser sueño.

La desaparición

Con una mano, sujeta la fría e indiferente perilla de la puerta, mientras la otra, hurgando en la bolsa de mano, entre mezquindades, busca la llave. Como quien remueve recuerdos en su mente, tratando de recuperar aquel deseado. Su mano de autómatas introduce la llave, y abre la puerta de la casa. Un aroma a soledad y tiempo impregna su rostro, envejeciéndolo. Sus fúnebres prendas cuelgan de su avejentado cuerpo, como cuando un mueble es cubierto por una sábana para protegerlo del polvo o del sol. Un renovado vacío se extiende desde su estómago hasta su pecho, no solo devorando a su paso sus órganos, sino también, la tranquilidad que trae tener un compañero de cama durante las noches lóbregas. Zapatillas de desgastadas suelas, como de quién suele borrar constantemente sus pasos. Ojos,

dos profundos y oscuros pozos húmedos. Su cabello platino que a traspies llega a su hombro. Al cerrarse y azotarse la puerta por la brisa, la soledad le grita al oído: "has quedado presa entre mis brazos".

El teléfono de la casa suena, se lamenta. Levanta el teléfono y una voz familiar da su pésame y pregunta por ella. Contesta y después de unos minutos cuelga. Otra vez el silencio. Melancólica, se esfuerza por recordarlo, pero su rostro se contrae. Ha olvidado su imagen, como quien pierde un número de teléfono entre los recovecos de su mente. Vuelve a intentarlo. Nada. Contrariada y asustada, se lanza hacia los cuadros y fotografías enmarcadas. Su pulso se acelera, no es bueno para su corazón. Los cuadros tiritan en sus manos. Va de un lado a otro en busca de su fallecido esposo, pero ha desaparecido. Solo ha quedado una figura borrosa e irreconocible en las fotografías que aparece a su lado. Sus ojos se cristalizan. Se rompen y pequeños fragmentos se derriten a lo largo de sus arrugadas mejillas. Ojos en los que transportaba a todas partes su retrato y que, ahora, se encuentra en fuga por las bravas lágrimas. Siente que también la ha abandonado incluso de su pasado. Busca en el álbum familiar y nada. Desconsolada entra al baño para lavarse la cara. Sorprendida, no puede apartar la mirada del espejo. Su cabello blanco ha retrocedido sus pasos y ahora es corto, ha perdido la batalla contra el tiempo, perdiendo terreno. Sus orejas ya no están perforadas. Sus ojos, que eran azules, ahora son cafés como las hojas secas. Su fúnebre vestido se ha transformado en un elegante, pero anticuado traje. Por fin ha encontrado a su esposo. La esposa ha desaparecido.